

# LAS CORRIDAS DE FERIA

## ¿Qué Belmonte es ese?

SEVILLA, 20.

—¿Por qué perdió el revistero la primera de la feria sevillana?

—Por incurrir en la candidez de creer que el domingo pasado había toros en Madrid, aunque no los hubiese —es decir— aunque no los hubiese a la medida.

—¿Por qué perdió la segunda?

—Porque después de devorar en auto-móvil kilómetros y kilómetros, al dejar atrás, muy atrás Talavera de la Reina, enamorado del magnífico cauto de nuestro amigo el señor Gómez Felices y de consultar con todo miramiento y cuidado un mapa que contiene las más avisadas observaciones, límites, cordilleras, ríos, puentes pasoniveles, curvas, vadenes, nombres de fondas y filiación política de los fondistas.

Cuando damos vista a unos montes coronados de nieve, un honrado peón, que no consta en el mapa, nos dice:

—Están ustedes en término de Arenas de San Pedro, camino de Avila.

Y se hace preciso desandar lo andado, y renunciar a la segunda de feria.

Del mal, el menos. Luego aprendemos que ninguna de las dos valió la pena del viaje.

Cuando, en pos de la tercera, hacemos un alto en un pueblo nombrado Monasterio, y observamos, en alta voz, que entre las personas que contemplan el cauto hay muchas enturadas, una vieja nos contesta:

—Señor: El año pasado entró aquí el Belmonte, y no sabe usted la gente que murió. Diezmó el pueblo.

—Pero, señora—oponemos—: Belmonte torca, o, mejor dicho, torcaba. Matar, sin hacerlo mal de vez en cuando, no es su especialidad.

Entramos en Sevilla, y ganamos a la carrera la plaza de la Maestranza. Desde la puerta de entrada advertimos el clamor de los espectadores, que alternan los aplausos con los ¡olés! ¡Y ahí sí que debe estar Belmonte!

Y ahí está: lo vamos, dudosamente. Es él, de fijo, el que cita en corto a un toro de los de Rincón, y parece que lo trae hasta el pecho; y cuando ha dejado a la res casi alcanzarle con el pitón las chorreras de la camisa, gira el diestro el busto sobre la cintura, y estira lentamente los brazos. Después, replegando el capote en el lance, se deja al bruto a dos dedos de la cadara.

¡¡Belmonte; viva Belmonte, varías a gritar!! Y se detiene el grito en los labios. Es un Belmonte de menes cuerpo; es un Belmonte lampiño y risuño; es un Belmonte más joven. ¿Qué Belmonte es ese?

Ahora desafía el muchacho al de Rincón, con la muleta en la izquierda; duda la fiara, y el chico aguanta; embiste, al fin, y el chico, otra vez girando el busto sobre la cintura, más flexible y más torero que yo he visto, alarga la toa y corta la mano en dos series de naturales que llevan el sello de los toreros de la primera serie. Enseguida administra un pinchazo y una estocada.

La plaza cruje en una ovación atronadora.

¿Pero qué Belmonte es ese?

Y cuando en el sexto toro repite el joven diestro sus verónicas extra y dos o tres quites torerísimos y otra buena serie de naturales, que liga con el de pecho, que salpimenta con mil adornos y monerías, un afable sevillano nos dice: A ese Belmonte no le conocéis ustedes, porque aún no le habéis visto bien en Madrid.

Ese Belmonte es ¡¡Chicuelo!!

Y el Belmonte que ustedes conocen es aquel que lleva un rico terno de plata, aquel que parece que lleva el traje de un peón, aunque por su labor en los dos toros crean ustedes que es un peón que se ha puesto un traje de Belmonte.

A Chicuelo no le conocen ustedes aún; en cambio, os habéis debido dar un brinquito de platos tan fuertes como el de ese mozo que ha matado a volar al quinto toro. ¿Eso sí que es matar bien, eh? Bien y mucho, de tal manera, que si no fuese incabral la broma, de buena gana diríamos al regreso a la enfutada vecina de Monasterio, que si vuelve el mal, le llamen Varellito.

Del ganado de Rincón, no nos acordamos; valgarzillo de tipo, y de resultado, se dejó lidiar.

Sevillanos: ¿Qué Belmonte es ese?

CLARITO